

¿Dónde está la patria del hombre?

La humildad proporciona a todos, incluso a los solitarios y desesperados, la relación más fuerte con su prójimo, y lo hace inmediatamente, pero sólo con una humildad completa y constante. Puede hacerlo porque es el verdadero lenguaje de la oración, simultáneamente la adoración y la conexión más fuerte. La relación con el prójimo es la relación de la oración, la relación con uno mismo es la relación del esfuerzo; la fuerza para el esfuerzo se extrae de la oración.

(Franz Kafka, Prosa de su patrimonio: Reflexiones sobre el pecado, el sufrimiento, la esperanza y el verdadero camino)

Franz Kafka y Rudolf Steiner dejaron este mundo hace 100 años. Previeron mucho de lo que hoy nos deprime e incluso nos desespera. Los relatos de Kafka suelen describir una situación en la que un narrador en primera persona o el protagonista busca una solución en su subconsciente, donde reside su conciencia, pero luego fracasa. No importa si fracasa porque se ve a sí mismo haciendo torpes intentos o si se ve a sí mismo fracasar inevitablemente. Ni siquiera se trata de los problemas que el protagonista suele crearse a sí mismo, sino de cómo se siente al respecto. Tal vez porque él mismo lo ha sufrido, escribe sobre la incapacidad del hombre moderno, que inventó la máquina de vapor y la contabilidad, de conectar emocionalmente con la gente de su sociedad.

En el primer capítulo de su fragmento de novela *Amerika*, Kafka revela el ritual de la jerárquica sociedad moderna, cuyas decisiones están controladas por comportamientos de roles prescritos, y muestra la incapacidad de las personas para comunicarse entre sí. El pasajero Karl, quien conoce a su tío, el senador Jakob, aparentemente por casualidad en el viaje en barco a Nueva York, no siente ningún afecto por él. Se siente mucho más atraído por el fogonero, por quien aboga brillantemente en un interrogatorio con el capitán, cuya mano besa más tarde y a quien al final echa más de menos. Compensa su incapacidad para controlar su vida con argumentos elocuentes, pero es incapaz de categorizar adecuadamente sus emociones. Las personas que viajan en el barco hacia América forman parte de la jerarquía de la tripulación que ni el fogonero con sus quejas ni el elocuente pasajero Karl pueden hacer tambalear. A pesar de su posición exaltada en la sociedad, no son más que peones en la escena de un sueño:

El senador puso la mano derecha bajo la barbilla de Karl, lo estrechó contra sí y lo acarició con la izquierda. Descendieron lentamente paso a paso y subieron a la barca, donde el senador eligió un buen sitio para Karl frente a él. A la señal del senador, los marineros salieron del barco y se pusieron a trabajar de inmediato. En cuanto estuvieron a pocos metros del barco, Karl descubrió inesperadamente que se encontraban en el lado del barco al que daban las ventanas de la caja principal. Las tres ventanas estaban ocupadas por los testigos de Schubal quienes saludaron y agitaron amistosamente la mano, incluso el tío les dio las gracias, y un marinero hizo el numerito de enviarles un beso sin interrumpir realmente el continuo remar. Realmente era como si ya no hubiera maquinista. Karl miró más de cerca a su tío, cuyas rodillas casi rozaban las suyas, y empezó a dudar de que aquel hombre pudiera sustituir alguna vez al fogonero. El tío también evitó su mirada y miró las olas que agitaban su bote.

El inesperado descubrimiento de Karl de que los marineros estaban "justo en ese lado del barco al que daban las ventanas de la caja principal" guía la mirada a la caja y los testigos de Schubal quienes saludan desde ese lado de la ventana. Su saludo "amistoso" refuerza la sospecha de que fueron bien remunerados por su testimonio. Esta es la impresión que se tiene si se escucha atentamente mientras se lee. La denuncia del fogonero se convierte en una audiencia y, más tarde, en un proceso judicial. Kafka esboza las sospechas con unas pocas pinceladas: Cuando el fogonero saca sus documentos de prueba, el cajero jefe se siente obligado a intervenir. Denuncia al fogonero como un conocido alborotador. A continuación, la acusación del fogonero también se desorganiza como era de esperar, de modo que los presentes pierden la paciencia. Sin embargo, la reacción del cajero jefe es un indicio más de un acuerdo secreto:

Después de todo, los numerosos discursos no decían realmente nada, y aunque el capitán seguía mirando al

frente, con los ojos llenos de determinación para escuchar esta vez al fogonero, los demás caballeros se impacientaron, y la voz de éste pronto dejó de reinar sin restricciones en la sala, lo que dio lugar a temores. El caballero de civil fue el primero en poner en acción su vara de bambú y golpeó, aunque suavemente, el suelo de parqué. Los demás caballeros, naturalmente, miraron aquí y allá, los señores de la autoridad portuaria, evidentemente apremiados por el tiempo, volvieron a coger los expedientes y empezaron a hojearlos, aunque todavía algo distraídos, el oficial del barco volvió a acercarse a su mesa y el cajero jefe, que creía haber ganado la partida, lanzó un profundo suspiro de ironía.

Ni siquiera el autor conoce el destino que finalmente espera al protagonista Karl Roßmann, pero lo sospecha porque conoce el comportamiento de la sociedad. ¿Por qué un joven de dieciséis años, ya marginado de la sociedad, iba a escapar de su situación huyendo a América? Y el primer capítulo del fragmento de novela muestra que la sociedad empieza en su casa. Su padre y su tío son los jueces que le juzgan. Esta impresión transmite sobre todo el elocuente "discurso de defensa" del tío, que utiliza deliberadamente el secreto de Karl para explicar las razones de su marcha: Fue seducido por una criada quien ahora espera un hijo suyo, al que dio el nombre del tío. A continuación, el tío explica también su presencia en el barco: „Sin los signos y prodigios que aún vivían en América, el muchacho habría sido abandonado a su suerte en un callejón del puerto de Nueva York si la criada no me hubiera contado toda la historia en una carta dirigida a mí, que llegó a mi poder anteayer después de largas andanzas, y que incluía una descripción de mi sobrino y, razonablemente, el nombre del barco“. El encuentro del senador con Karl no es, por lo tanto, una coincidencia. Es fácil imaginar cómo utilizó su influencia para encontrar a su sobrino.

A bordo del barco, Karl conoce a un eslovaco que le cuida la maleta. Como había "oído hablar mucho de los peligros que amenazan a los recién llegados a América, sobre todo de los irlandeses", le pregunta al fogonero si es alemán. El fogonero, un auténtico alemán, le cuenta su opinión al joven compatriota, quien ha notado el rechazo de otras naciones:

"En general, la gente de aquí tiene muchos prejuicios contra los forasteros, creo". - "¿Usted también ha experimentado eso? Bueno, eso es bueno en ese caso. Entonces usted es mi hombre. Mire, estamos en un barco alemán, que pertenece a la Hamburg-Amerika-Linie, ¿por qué no somos todos alemanes aquí? ¿Por qué el jefe de máquinas es rumano? Su nombre es Schubal. No me lo puedo creer. ¡Y este canalla nos maltrata a los alemanes en un barco alemán! ..." - "No se puede tolerar esto", dijo Karl excitado. Casi había perdido la sensación de estar en el inseguro suelo de un barco, en la costa de un continente desconocido, se sentía tan a gusto aquí en la cama del fogonero.

Se siente como en casa con el fogonero, aún lejos de su patria y sin conocer a su tío. Quizá pueda relacionarse mejor con un simple obrero que con su tío, quien se siente perteneciente a una nación diferente a la que debe su ascenso social. Al despedirse, coge la mano del fogonero, le habla como un padre a su hijo y le deja con un beso en la mano "como un tesoro al que hay que renunciar": "Pero tienes que luchar, decir sí y no, de lo contrario la gente no sabrá la verdad. Tienes que prometerme que me seguirás, porque yo mismo, me temo por muchas razones, ya no podré ayudarte". Parece ser la única persona con la que Karl ha podido establecer una relación afectiva. También lo demuestra su lenguaje sumamente personal.

Kafka se ocupa aquí sobre todo de un examen crítico de la jerarquía social, que también manifiesta una demarcación entre las clases en el lenguaje. Quien habla como el tío se identifica por su lenguaje con la clase social alta. Karl también habla así cuando intercede por el fogonero ante el capitán. Sólo con el fogonero encuentra el tipo de lenguaje personal que se utiliza en una familia afectuosa. Se siente atraído por él. Le expresa sus sentimientos con tanta fuerza como si los hubiera reprimido todos estos años y ahora pudiera dar rienda suelta a ellos. La amistosa despedida del capitán, en cambio, se parece más a un ritual de cortesía, aunque utilice palabras personales. Cuando Karl baja al bote, su tío le advierte que tenga cuidado, pero él rompe a llorar en el primer escalón. La manera inusualmente tierna en que su tío le consuela da la impresión de impotencia en el trato con los adolescentes. De hecho, lo trata como a un niño: "El senador acababa de amonestar a Karl para que bajara con cuidado, cuando Karl rompió a llorar cuando aún estaba en el último escalón. El senador puso su mano derecha bajo la barbilla de Karl, lo abrazó y lo acarició con la izquierda". El lenguaje que Karl utiliza para comunicarse con el fogonero en el primer capítulo de la

novela Amerika es el lenguaje emocional que sólo habla con alguien con quien se siente en casa. En contraste con el lenguaje personal y emocional de Karl y el fogonero, qué fríos parecen la expresión calculadora del senador y las escuetas instrucciones militares del capitán. Desempeñan un papel y hablan el lenguaje que hablaría cualquiera en su lugar en la sociedad. El lenguaje del narrador es auténtico y exclusivo, como si hablara consigo mismo: ¿Existe siquiera un hogar para Franz Kafka fuera de su lengua?

La incapacidad de establecer relaciones emocionales ordenadas no es un caso clínico aislado, sino un fenómeno contemporáneo. No es el trauma de un abogado sensible que quiere procesar sus sentimientos como escritor lo que le impulsa a escribir, sino el cambio de época. Los trenes que pasaban junto a la caseta de señales de su tío alarmaron al joven Rudolf Steiner. Preveía una época en la que la gente obedecería a la máquina y no al revés. Es claro que el tren exige la máxima disciplina al funcionario ferroviario que maneja la caja de señales. Su responsabilidad puede ser la autoridad final que da las órdenes, pero la máquina determina esta responsabilidad. No tiene tiempo para reflexionar sobre las órdenes. Pero es un ser humano, y lo que hace es inhumano. En la era electrónica, la responsabilidad es aún mayor, porque las decisiones de muchas cajas de señales se toman desde el centro de mando. Por supuesto, esto también se aplica a la guerra, con todas las consecuencias de la disciplina militar.

Las conferencias de Rudolf Steiner que pronunció en el seminario de profesores de su primera escuela para los trabajadores de la fábrica de cigarrillos Waldorf-Astoria y para todas las personas interesadas en una nueva pedagogía para la era tecnológica, proporcionan impulsos para una forma de vida en armonía con la naturaleza. En su cuarta conferencia que pronunció ante seminaristas y futuros maestros en Stuttgart el 25 de agosto de 1919, definió su concepto de la pedagogía de la nueva era: "Se tratará de no seguir ciertos principios educativos complicados que acaban de surgir en los últimos tiempos, sino de fijarse en lo que realmente puede ser importante para el desarrollo del niño." El temperamento de los niños, su alegría, sus lágrimas y su impaciencia al orientarse en su nuevo hogar, sus primeros intentos de crear un dibujo con colores, de imitar el sonido que oyen, de ensayar sus pensamientos en el lenguaje, de jugar y cantar con los demás niños: experimentar todo esto y acompañar a los niños en su trabajo es la tarea más importante de sus educadores. En los jardines de infancia y las escuelas Waldorf se enseña a los niños a respetar la naturaleza. También pueden desarrollar su propia personalidad a través de la artesanía y el trabajo manual, conocer sus límites y experimentar sus inclinaciones. Los niños tienen suerte de contar con educadores y maestros quienes les acompañan y apoyan en su desarrollo, ¡independientemente de la escuela a la que vayan! Ya que ellos proporcionan a los niños y a sus padres un hogar, una sensación de seguridad que recuerdan cuando tienen que tomar sus propias decisiones y se enfrentan a los retos de la edad adulta.

Sin embargo, la filosofía de Rudolf Steiner sobre la vida humana no se limita al desarrollo de los niños, con el fin de capacitarles para llegar a ser personalidades quienes puedan resistir los ataques de una tecnología cada vez más inhumana. El reconoció que el hombre es sólo un huésped en esta tierra, aunque con toda la responsabilidad de un mayordomo. Su tarea es el cuidado de la tierra en la agricultura biodinámica, la preservación y protección de su alma en el camino hacia su hogar espiritual, pero también el empeño decidido de oponerse al paternalismo de la economía y de las instituciones estatales si quiere ser libre para su misión. En el prefacio de su ensayo sobre los puntos clave de la cuestión social, escribe: "La humanidad moderna ha desarrollado una vida espiritual muy dependiente de las instituciones estatales y de las fuerzas económicas. El hombre es llevado a la educación e instrucción del Estado cuando todavía es un niño. Sólo puede ser educado en la medida en que lo permitan las condiciones económicas del entorno en el que crece"¹. La liberación de la tutela política y económica sirve al cuidado espiritual y mental de los adolescentes bajo la protección de sus educadores, quienes trabajan para ellos lo mejor que pueden. Están al lado de los

¹ Steiner, Rudolf (1919). Die Kernpunkte der sozialen Frage in den Lebensnotwendigkeiten der Gegenwart und der Zukunft. (Los Puntos Clave de la Cuestión Social en las Necesidades de la Vida en el Presente y en el Futuro. Prefacio e Introducción a los miles 41 a 80 de esta publicación.) En: Rudolf Steiner. Obras Completas. Zweitausendeins, Frankfurt a.M. 2010. P. 343-352.

padres que quieren lo mejor para sus hijos. Juntos encuentran un lenguaje que les permite adoptar su propio punto de vista con confianza en sí mismos. De este modo, se les prepara con autoestima para las tareas que les plantea una sociedad cada vez más compleja. La lengua, en la que se les enseña, desempeña un papel importante en este sentido. No es el lenguaje intelectual de los adultos que sólo sirve para procesar información. Más bien, en el lenguaje emocional, el niño experimenta con todos sus sentidos lo que se le transmite en la educación artística: Un entorno en el que puede sentirse en casa.

El lenguaje del niño sirve inicialmente para expresar sus emociones, ya que forma parte del cosmos, que despierta en él un sentimiento de asombro, admiración y sed de conocimiento. Los sonidos primarios A-E-I-O-U transmiten estas emociones. Sólo las consonantes contrarrestan entonces los sonidos simpáticos con el ritmo de la antipatía y estructuran el lenguaje. Rudolf Steiner se centra en el aspecto musical del lenguaje, pero también en la fusión del sentido de la palabra con la estructura silábica de la palabra, es decir, el aspecto semántico con el morfológico. La palabra alemana "Kopf" describe la forma redonda de un recipiente para beber (mhd. *kopf* = recipiente para beber, cuenco cerebral; esp. *copa*), no la función como en BE *head* (<OE *heafod*; got. *haubið*; lat. *caput*; MHD *houbet* < NHD *Haupt*=la parte superior del cuerpo).

Rudolf Steiner sigue así a etnolingüistas como Wilhelm von Humboldt, Alexander A. Potebnia y Lev S. Vygotsky, quienes investigaron el significado interno de las palabras en el lenguaje y destacaron el significado de los nombres. Cuando el oso se llama "el pardo" y el toro "el que ruge" o la luna "la que mide", estos nombres describen algo característico que parece notable a los hablantes de una cultura. Al dar nombres, los hablantes de una cultura se relacionan personalmente con animales peligrosos o fenómenos naturales que de este modo les resultan accesibles. La luna se describe como un reloj que acompaña a la tierra como satélite en su ciclo anual. Vygotsky define el acto de nombrar que confiere significado como la encarnación del pensamiento:

Por consiguiente, tenemos derecho a considerar la formación de palabras como un fenómeno del pensamiento.

Así pues, el significado de una palabra es un fenómeno tanto lingüístico como intelectual. El significado de una palabra sólo es un fenómeno del pensamiento en la medida en que el pensamiento está conectado a la palabra y encarnado en ella, y viceversa: sólo es un fenómeno del lenguaje en la medida en que el lenguaje está conectado al pensamiento e iluminado por él. Es un fenómeno del pensamiento lingüístico o del lenguaje significativo, es la unidad de la palabra y el pensamiento.²

Walter Benjamin extrae del relato de la creación que Dios, tras crear a los animales y reconocerlos por sus nombres, creó al hombre como dador de nombres: "La relación absoluta del nombre con el conocimiento sólo existe en Dios; sólo allí está el nombre, porque es intrínsecamente idéntico al verbo creador, medio puro del conocimiento. Esto significa: Dios hizo las cosas reconocibles en sus nombres. Pero el hombre las nombra en la medida del conocimiento".³ En el lema de la obra principal de Vygotsky, el editor cita al autor con una observación de la naturaleza que contiene el núcleo de esta afirmación: "El conocimiento se refleja en la palabra como el sol en una gota de agua... La palabra significativa es el microcosmos del conocimiento".

Nuestra insuficiencia es en realidad la virtud más humana. Aún en nuestros pensamientos más elevados no podemos captar el espíritu del conocimiento. El comienzo del Evangelio de Juan es tan inexplicable como el sol en una gota de agua:

1 14 El, el Verbo, se hizo hombre.
Vivió con nosotros y vimos su gloria,
que el Padre le dio -

2 Vygotsky, Lev Semiónovich ([1934] 1964). *Denken und Sprechen*. (Pensar y Hablar. Cap. 7: Pensamiento y palabra. Editado por Johannes Helm. Traducción de Gerhard Semekow.) Reimpresión de la 5ª edición S. Fischer, 1974; licencia de Akademie-Verlag, Berlín, 1964, p. 293.

3 Benjamin, Walter (1916). *Über Sprache überhaupt und über die Sprache des Menschen*. (Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje del hombre. En: Walter Benjamin. *Obras completas* 1ª licencia de la editorial Wunderkammer Verlag.) Zweitausendeins, Frankfurt a.M. 2011, p. 213.

a él, su Hijo único.
Estaba completamente lleno de la gracia
y la verdad de Dios.⁴

Cuando nos encontramos con la gente como Juan describe su encuentro con el Hijo de Dios, cuando reconocemos la luz que cada ser humano trae a esta tierra como su don, entonces comprendemos el aforismo de Kafka:

La relación con el prójimo es la relación de la oración, la relación con uno mismo es la relación del esfuerzo; la fuerza para el esfuerzo se extrae de la oración.

La humildad es el verdadero lenguaje de la oración. Sin embargo, se presupone que reconozcamos y aceptemos nuestras limitaciones como virtud. Si no lo hacemos a tiempo, al final no habremos aprendido. Al fin y al cabo, no podemos escapar a nuestro destino. En *Kleine Fabel*, el buen consejo llega demasiado tarde:

"Oh", dijo el ratón, "el mundo es cada día más estrecho. Al principio era tan ancho que me daba miedo, seguí corriendo y me alegré de ver por fin paredes a lo lejos a derecha e izquierda, pero estas largas paredes se precipitan unas hacia otras tan deprisa que ya estoy en la última habitación, y allí en la esquina está la trampa hacia la que corro." - "Sólo tienes que cambiar de dirección", dijo el gato y se lo comió.⁵

Hay muchos buenos consejos. Si entendemos correctamente a Aldous Huxley y George Orwell, reconocemos los riesgos de la seguridad, que el ratón de Kafka reconoce demasiado tarde. Un mundo que lucha por la seguridad pero asume riesgos cada vez mayores no ha comprendido lo más importante. Al final, no se trata de quién gana. En realidad se trata de convivir con personas que son diferentes y gozar sus riquezas culturales. Colores de piel, razas, etnias, genealogías y clases son solamente muros imaginarios, impuestos por el sistema social. Todos tienen algo en común: nos muestran nuestros límites culturales. Nuestra humildad nos da la felicidad de aceptarnos con nuestras limitaciones. Las personas que no tienen hogar, quienes buscan su patria, nos enseñan que realmente todos buscamos nuestra patria.

En esencia, esta actitud humilde corresponde a las enseñanzas de nuestro Maestro Jesucristo, que nos dio ejemplo en el encuentro con las personas estigmatizadas por la sociedad. ¿Cómo puede actuar cristianamente quien sigue marcando la diferencia de pensamiento, palabra u obra ante un recaudador de impuestos, una prostituta, un delincuente, un discapacitado o un samaritano, es decir, un miembro de una clase social, cultura o religión diferente, incluso ante los marginados o condenados a la exclusión por la sociedad?

En una época de catástrofes y hambrunas crecientes, que en realidad sólo nos permite pensar y actuar con decisión en comunidad, nuestras vidas siguen estando determinadas por el pensamiento competitivo. ¡Un anacronismo fatal! Si sólo la preservación de nuestro hábitat puede salvarnos ahora, entonces todo lo demás debe subordinarse a esta tarea. El pequeño remanente de los muchos pueblos indígenas víctimas de una política de crecimiento global -guardianes de la tierra y testigos de la destrucción, gente valiente que lleva mucho tiempo trabajando para restaurar el ecosistema- podría realizar el milagro de la reforestación en su tierra natal, en su tierra, utilizando técnicas probadas de cultivo de la tierra. Les debemos a su cultura y a la nuestra que esto sea posible. Pero el requisito previo para el éxito de un encuentro cultural mundial, que se está produciendo actualmente, es un cambio de conciencia en todos los ámbitos de la vida, que debería haberse producido hace tiempo.

La canción de Paul Gerhardt, que se canta en las misas fúnebres, no sólo debe conocerse ante la muerte:

Soy un huésped en la tierra
Y no tengo ningún lugar aquí,

⁴ Biblia Básica (2024). Deutsche Bibelgesellschaft. Stuttgart. - Online: www.die-bibel.de

⁵ Kafka, F. Prosa del patrimonio.

El cielo será mío,
Allí está mi patria.⁶

Somos huéspedes con la responsabilidad de cuidar nuestra patria terrestre en el camino a la patria eterna. Dietrich Bonhoeffer escribió durante su formación teológica que completó contra la voluntad del régimen nazi:

Soy un huésped en la tierra, por lo que confieso que mi tiempo es corto. Tampoco tengo derecho a la propiedad ni a una casa aquí. Todo lo bueno que me sucede debo recibirlo con gratitud, pero debo sufrir la injusticia y la violencia sin que nadie me defienda. No tengo ningún asidero firme ni sobre las personas ni sobre las cosas. La tierra que me alimenta tiene derecho a mi trabajo y a mi fuerza. No me corresponde despreciar la tierra en la que tengo mi vida. No debo evitar el destino de ser forastero y extranjero y por tanto la llamada de Dios a esta extrañeza, gastando mi vida terrenal en sueños del cielo. Hay una añoranza muy impía por el otro mundo que ciertamente no está concebido como un regreso a casa. ...⁷

Lörrach, Febrero 21 de 2024

Bernhard Wahr

Copyright ©

All rights reserved. Apart from any fair dealing for the purposes of research or private study, or criticism or review, no part of this text may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means without the prior permission in writing from the publisher.

⁶ Gerhardt, Paul (1607-1676). Poemas y cantos para la liturgia luterana. - Cf. Salmo 119, 19.a

⁷ Dietrich Bonhoeffer, Obras (1937-1940). Tomo 15, p. 529s.